

VIDAS DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTOS
DE ORIENTE

SAN CIRIACO, EL SOLITARIO

San Ciriaco, ó Quiriaco, estuvo unido con la más estrecha amistad á san Juan el Silenciarío, Juntamente con él combatió á los herejes, y como, él, honró la vida monástica con su eminente piedad. No se sabe positivamente, si el monje Cirilo es el que escribió su vida, dando origen á esta duda, el que el autor de ella habla del de ésta como de una persona distinta, llamándole el admirable Cirilo. Pero pudiera muy bién suceder que esta fuese una adición de Metafrastes, y que san Cirilo fuese el verdadero autor de esta obra. Así lo cree un crítico tan severo é imparcial como Baillet, quién tampoco rehusa admitir que fuese el autor de la vida de san Cirilo el mismo que lo es de las de san Eutimio, de san Sábás y de san Juan el Silenciarío.

Nació san Ciriaco en Corinto, Peloponeso, el en año 448, hacia el fin del imperio de Teodosio el Jóven. Su padre, que ascendió al sacerdocio, llamábase Juan, y su madre Eudoxia. Fué educado en la piedad y en las ciencias por Pedro, obispo de Corinto, su tio materno, que le hizo lector, aunque era muy jóven. La meditación de las sagradas Escrituras era su principal ocupación. Admiraba la con-

ducta de Dios para con los santos de la antigua Alianza, sus virtudes, las gracias de que les colmó, la protección y la gloria con que los honró, y sobre todo, lo que nos enseña el nuevo Testamento acerca de la encarnación del Verbo divino, de la vida de Jesucristo, de su cruz, de su triunfo sobre el infierno por medio de su muerte, y de la libertad que dió á los santos cautivos que en el limbo esperaban su advenimiento. Estas verdades, con que santamente alimentaba día y noche su alma, le conmovian tan vivamente, que, abrazado de amor divino, determinó abandonar su patria, sus parientes y todas las esperanzas del siglo para retirarse á la soledad, y entregarse únicamente á la práctica de la perfección cristiana.

Confirmáronle en este piadoso designio estas palabras de Jesucristo en el santo Evangelio, que oyó un domingo en la Iglesia : Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz ; y sígame ¹. Salió inmediatamente del templo, y sin decir á nadie una palabra, se dirigió á la orilla del mar, y subió á una embarcación que se aprestaba á salir para la Palestina. Anastasio, sucesor de Juvenal, era patriarca de Jerusalem hacía ocho años, y Ciriaco tenía á la sazón dieciocho. Después de visitar los santos Lugares, se presentó al monasterio que acababa de edificar el abad Eustorgio, en el cual fué recibido por su superior con marcadas pruebas de una ternura paternal. No pasó, sin embargo, allí más que aquel invierno, pues, hallándose este monasterio muy cerca de la ciudad, no encontraba en él la completa soledad por que ardientemente suspiraba.

Era muy grande en aquel tiempo la reputación de san Eutimio : por todas partes se hablaba de esta gran lumbrera del desierto. Así es que, oyendo Ciriaco con admiración todo lo que se refería de sus virtudes, concibió un vehemen-

¹ Luc. ix.

tísimo deseo de sujetarse á su dirección. Consultó con el abad Eustorgio, quién, por más que lo amaba tiernamente, no quiso oponerse á tan santa resolución, sino que le dió su bendición para que se trasladase á su nueva morada. San Eutimio, como hemos hecho notar en su vida, hacía vida anacorética en una caverna, y no venía á su monasterio más que en ciertos dias. Ciriaco fué recibido en él por dos religiosos de su país, que eran hermanos. Anatolio, presbítero, y Germán. Esperó que volviese Eutimio, y tuvo la dicha de recibir de sus manos el hábito monástico. Pero como este Santo no admitía jóvenes en su monasterio, y san Teoctisto, á quién los enviaba ordinariamente, había muerto, lo envió al monasterio de san Gerásimo, cerca del Jordán.

Viendo Gerásimo que su nuevo discípulo era jóven, vigoroso y dotado de buena voluntad, lo dedicó á los ejercicios más laboriosos. Le dió el encargo de partir leña, llevar agua, amasar pan y servir á la cocina. Muy trabajosos eran estos diferentes empleos, y le ocupaban todo el día ; pero en lugar de entregarse durante la noche al reposo, la pasaba casi toda entera en fervorosa oración, cantando salmos é himnos. No se alimentaba más que de pan y agua, y esto un día sí y otro no... En fin, dice su historiador, llevaba en el monasterio la vida de un anacoreta, más bién que la de un cenobita, por su asiduidad á la oración, por su recogimiento en medio de sus múltiples ocupaciones, y por su rigurosa abstinencia.

Su santo abad, testigo de la regularidad de su conducta y de las hermosas disposiciones de su corazón, le cobró tal afecto, que le escogió para que le acompañase durante la cuaresma al desierto de Rubán, á donde se retiraba ordinariamente, lo mismo que san Eutimio, desde la Epifanía hasta la dominica de Ramos. Le llevó también consigo, cuando, habiéndole Dios revelado la muerte de san Euti-

mio, cuya alma le hizo ver llevada al cielo por los ángeles entre esplendores de gloria, fué á su monasterio para tributar al cadáver los honores de la sepultura.

Apénas le sobrevivió un año san Gerásimo, y Ciriaco, que entónces tenia veintisiete años, volvió al monasterio de san Eutimio, en que el abad Elias, que sucedió á este Santo, le dió una celdilla, en la cual pudo gustar, como deseaba, las dulzuras del recogimiento y del silencio. Allí contrajo amistad con un excelente religioso llamado Tomás, al que tomó por modelo, y cuya vida, que era perfectísima, se propuso imitar. Hemos dicho, al hablar de los discípulos y sucesores de san Eutimio, que, bajo el gobierno de Elias, se convirtió la laura en monasterio, y los religiosos continuaron viviendo unidos con los de san Teoctisto, tanto en lo relativo á los bienes temporales, como á la forma de gobierno y á la regla: de suerte que ambas comunidades parecían ser una sola, pues que eran dirigidas por el mismo espíritu, por las mismas leyes y por los mismos intereses. Pero la injusticia del abad Pablo, superior del monasterio de san Eutimio, que quiso apropiarse á sí solo los bienes que el sarraceno Therebón, de que hemos hablado en la vida de san Eutimio, habia dejado en común á las dos comunidades, fué causa de un litigio entre los religiosos de ambas casas, lo cual no pudo ménos de disgustar á san Ciriaco, determinándolo á retirarse á la laura de Suca, en que esperaba encontrar más unión y desinterés. Diez años habia habitado en la laura ó monasterio de san Eutimio, gozando en su celda de las dulzuras del recogimiento; pero cuando llegó á Suca, no se le dejó ocioso, sino que se le ocupó sucesivamente en la panadería, en la cocina, en la enfermería, en el cuidado de asistir á lo huéspedes y en otros oficios, demostrando en todos ellos tanta humildad, tanta paciencia y tanta caridad, que se le consideró digno de ser consagrado al ministerio de los altares. Fué, pues,

ordenado de sacerdote á la edad de cuarenta años, confiándosele el cargo de sacristán y la custodia de los vasos sagrados y del tesoro de la Iglesia.

Entre sus virtudes se admiran principalmente su dulzura y su mortificación; pues jamás se le vió arrebatado por el más leve movimiento de cólera, y nunca probó la comida ántes de la tarde. Sin embargo, llevado nuevamente del deseo de consagrarse sólomente á Dios en la soledad del desierto, despues de haber desempeñado durante dieciocho años el cargo que se le habia confiado, entregó, á la edad de setenta y siete años, á sus hermanos el tesoro de la Iglesia, y se retiró al desierto de Natuph en compañía de uno de sus discípulos. Era tan estéril aquel lugar, que no encontraban frutos silvestres, ni yerbas de ningún género, sino sólomente una especie de hongo marino muy acre y amargo. San Ciriaco dijo á su discípulo que lo amasase y lo hiciese hervir con sal, y habiendo hecho su oración, perdieron aquellos hongos su amargura, y con ellos se alimentaron durante cuatro años.

Al cabo de este tiempo, un caritativo habitante de la villa de Thecuesupo por un pastor el lugar en que se hallaba retirado, y le envió un asno cargado de panes frescos, con los cuales él y su discípulo se alimentaron durante algún tiempo, rindiendo á Dios fervorosa acción de gracias. Pero habiendo querido su discípulo comer, sin que se le ordenase, de los hongos que tenia preparados según su costumbre, enecontró que conservaban toda su primitiva amargura, y le hicieron daño. El Santo le curó con su oración, y cuando se concluyeron los panes, le mandó que de nuevo preparase los hongos. Obedeció, pero temiendo que le hiciesen daño, no quiso comer de ellos. San Ciriaco los bendijo haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y perdieron nuevamente su amargura.

Hubiera permanecido siempre en su desierto, que tan

bién cuadraba á su amor por el silencio y la penitencia ; pero un año despues, el haber librado con sus oraciones á un poseido atrajo cerca de su persona á tanta gente, no tan sólo de la aldea de Thecue, sino de los parajes circunvecinos, que tuvo que retirarse al desierto de Rubán. Allí vivió alimentándose con raices y hojas de rosales que Dios sazónaba con la unción de su gracia y con los consuelos interiores que le hacia experimentar. Pero despues de cinco años se vió nuevamente obligado á abandonar aquel retiro, porque de todas partes venian á buscarle, como habia sucedido en Natuph, y su caridad no le permitia dejar desconsolados á los que venian á encomendarse á sus oraciones.

Quiso, pues, buscar un lugar más solitario en que pudiese vivir desconocido, y escogió el paraje en que afluyen las aguas del Laura y del Suca, y que se llamaba desierto de Susac ó de Susacim. En él nunca habia habitado ningún anacoreta, y se consideraba como un paraje inaccesible á los transeuntes ; pero la fé que se tenia en sus oraciones y el deseo de recibir sus santas instrucciones hicieron que se franqueasen todas las dificultades del camino para venir á verle. Allí permaneció durante siete años, y sólomente salió á instancias de los religiosos de Suca, que, movidos por el hambre que afligia á todo el pais y que era causa de que pereciese mucha gente, le rogaron con la mayor urgencia, que volviese á su laura, esperando que su presencia les atraeria las bendiciones del Señor.

Escogió para morada la gruta de san Caritón, en la cual vivió durante cinco años. En este tiempo es cuando contrajo estrechísima amistad con san Juan el Silenciaro, que habitaba en la laura de san Sábás, cuando recibió de él una carta que le fué llevada por el monje Cirilo, y cuando impugnó con la mayor energía á los monjes origenistas, que reconocian por jefes á Nono y Leoncio, como hemos visto

en otro lugar. Al entregarle Cirilo la carta de san Juan, le refirió todos los males causados por los herejes tanto en Jerusalem como en las diferentes comarcas de la Palestina y sobre todo en un grán número de monasterios que habian infestado con sus errores, en particular la nueva laura. El Santo no pudo ménos de de gemir y derramar abundantes lágrimas al escuchar su relato ; pero lleno de confianza en Dios, dijo á Cirilo « Decid de mi parte al que os ha enviado : Cese, Padre mio, vuestra aflixió : dentro de poco » tiempo veremos á Nono y á Leoncio perecer miserablemente : los lobos que se han introducido en la nueva » laura serán vergonzosamente cazados, y las ovejas dóciles serán alimentadas en paz con la sana doctrina, sin » que nadie ose turbarlas. » En otro lugar hemos visto como se verificó esta profecía por la trágica muerte de Nono y por la expulsión de los herejes de la nueva laura.

Cirilo, despues de conferenciar con él sobre los errores de los origenistas, le dijo que pertenecía al monasterio de san Eutimio. A estas palabras contestó el Santo lleno de gozo : « ¡ Ah ! hermano mio, somos religiosos de un mismo » monasterio ». De aquí tomó motivo para hablar extensamente de las virtudes de san Eutimio y de san Sábás, cuyas palabras recogió con el mayor esmero este escritor para consignarlas en la vida de estos santos.

Los origenistas de aquellas comarcas se habian mezclado con ellos despues de la muerte de Nono y Leoncio, y turbaron su reposo con importunas visitas, por lo cual resolvió volver á su desierto de Saracim, esperando que allí no vendrian á buscarle. A pesar de su avanzada edad de noventa y nueve años, emprendió su viaje, y permaneció en aquel retiro durante otros ocho años. Edificó una pequeña celda con un jardín, en que plantó algunas yerbas, y Dios le envió un león de extraordinaria corpulencia, que impedia la entrada de otras bestias que pudieran dañarle, y dejaba

libre la entrada de los hombres que venian á verle.

El monje Cirilo hizo por sí mismo la experiencia. Tuvo pensamiento de visitarle en esta soledad, y con este fin se dirigió á la laura de Suca, para rogar á uno de sus discípulos que le acompañase. Cuando se aproximaban á la celdilla, vieron acercarse al león, y Cirilo aterrizado huyó; pero Juan le persuadió que perdiese todo temor, y efectivamente, el animal les abrió libre paso. San Ciriaco tuvo grande gozo de verles, y los recibió con marcados testimonios de afecto. Reconoció á Cirilo, y dijo á Juan: « Me » habeis traído á un hermano, pues éste es del mismo monasterio que yo ». Juan le constestó sonriendo: « Sí, Padre mio, pero temo mucho á vuestro león... Y ¿ qué teméis? dijo el Santo. Éste es el fiel guardián de mi jardín: no permite que entre en él ningún otro animal, pues si alguno se atreve á acercarse, le hace huir. Lo mismo hace con los bárbaros y con todos los que quisieran robarme ó insultarme. Guardándome él, vivo con completa seguridad ».

Despues les habló de los santos padres del desierto, á quienes conocia, y refiriéndoles sus virtudes, les animó á que siguiesen sus huellas. Por último, les hizo sentarse á la mesa, y mientras comian, se presentó el león, cual si fuese un animal doméstico. Le dió un poco de pan, y lo envió á que fuese á guardar el jardín. Despues de la comida, reanudó su conferencia espiritual, y dándoles su bendición, los despidió.

Habiendo pasado allí san Ciriaco ocho años y disipada ya la facción de los origenistas, le rogaron los religiosos de la laura de Suca que regresase á la gruta de san Caritón. El monje Cirilo aprovechó esta ocasión para visitarle con frecuencia, y el escritor de su vida, ó más bien, él mismo Cirilo, asegura que sacó de estas entrevistas muy grande provecho para su alma. Este grán Santo vivió aún dos años

más, y murió en 554 ó 555, á la edad de ciento siete años¹.

Se nota en él lo mismo que en san Juan el Silenciarío, cuya vida no fué ménos corta, que cuanto más avanzaban en edad, tanto más vigorosos se hallaban para los ejercicios de su instituto. Su historiador dice también que tenia un carácter dulce y agradable para con todos, una salud inquebrantable, una fuerza constante de espíritu y de cuerpo, una estatura muy alta y recta, sin que el peso de los años le hubiese encorvado ni enflaquecido. Pero lo que sobre todo debe admirarse en él es la pureza de sus contumbres y de su fé, que conservó inviolablemente durante su larga vida.

EL HISTORIADOR CIRILO

Mucho debemos á este excelente solitario, para que no dejemos de darle un lugar preferente. Recogeremos lo que de él digamos de lo que él mismo ha dejado consignado en las Vidas de san Eutimio, de san Sábás y de san Juan el Silenciarío: pues por más que su modestia le haya hecho callar sus propias virtudes para hacer resaltar las de estos santos, siempre aparecerá como un religioso instruido en sus deberes por los grandes maestros de la vida monástica, y que supo aprovecharse de la santa educación que de ellos recibió.

Natural de Scithópolis en la Palestina, hé aquí lo que

¹ Baillet le dá 109 años; pero sus actas, á las que se atiende Bullean, no le dan más que 107.